

MATERNIDADES LIBRES

Primer curso

“Máster en Estudios de la Diferencia Sexual”

Duoda

2008-2009

María Juárez Escario

mai.juarez@hotmail.com

Tutora:

María Milagros Rivera Garretas

ÍNDICE

La necesidad que guió mi deseo de realizar este trabajo.....	2
Introducción.....	5
El origen.....	6
La maternidad al final del patriarcado.....	12
Traer vida entre mujeres.....	16
Cuando las mujeres desean que suceda a su manera.....	23
Bibliografía	

La necesidad que guió mi deseo de realizar este trabajo

Cuando tuve que decidir sobre qué quería escribir, qué tema me gustaría abordar en el trabajo final del primer curso del Máster en Estudios de la Diferencia Sexual de Duoda, sentí la alegría que puede una sentir cuando te hacen un regalo. El poder escribir sobre lo que sintiese necesario escribir ha sido un regalo. Estoy acostumbrada en mi trabajo a escribir sobre lo que debo y dejar la expresión de lo que siento para momentos muy puntuales o para plasmar en el cuaderno que siempre me acompaña por si surge la necesidad de expresar algún sentir que me asalte de improviso. Pero hacía mucho tiempo que no me sentía tan libre para poder reflejar en un documento que no fuese personal, lo que desease poner en palabras.

Este regalo, solo podía despertarme un compromiso conmigo misma. El compromiso de ser fiel a la verdad y tratar de esforzarme por hacer coincidir las palabras con las cosas ahora que se me ofrecen las condiciones favorables para ello.

Tengo 30 años, una hija de 4 y un hijo de 5 años, a punto de cumplir los 6. Fui madre por un deseo femenino libre de serlo. Era feminista cuando deseé hacer realidad mi deseo pero la experiencia de mi primer embarazo, parto y los primeros años de crianza no fueron como yo hubiese deseado.

Me sentí juzgada en el movimiento feminista por parecer precisamente poco o nada feminista. Desde la mirada de "género" se sacaban conclusiones sobre mi deseo de ser madre el último año de carrera universitaria, sobre el deseo de optar por la lactancia materna y sobre el valorar el tiempo compartido con mis criaturas lo suficiente

como para no regalárselo al mercado laboral hasta que Celia y Antonio empezaron la etapa escolar con tres años de edad.

Fuera del movimiento feminista también encontré una visión de la maternidad que nada tenía que ver con mi experiencia. Una visión en la cual la madre permanece en un segundo plano, tal vez ni siquiera aparece en escena, siendo la ciencia médica la que va marcando los tiempos del embarazo, las valoraciones necesarias, las pruebas diagnósticas convenientes para que el embarazo llegue a término correctamente. Mientras la madre se sitúa como una espectadora del proceso de crear vida que no parece estar protagonizando, en todo caso, incluso se la trata como si lo estuviese obstaculizando.

Entre ambas visiones parecía no abrirse camino para una maternidad libre. Resultó ser que el camino no estaba entre estas maneras de entender la experiencia de crear vida, sino más allá.

Hasta no hace demasiado tiempo yo no sabía poner en palabras lo que había sucedido, las repercusiones y respuestas que provocó en mi entorno la decisión de ser madre, que siendo feminista, universitaria, deseara serlo y salir del mercado laboral para hacerlo según mi deseo. También he necesitado tiempo para poner en palabras lo que despertó en mí esta reacción, así como el trato recibido por la institución de la medicina convencional.

Ahora entiendo muchas más cosas de las que en su momento era capaz de explicarme. A la luz del pensamiento de la diferencia sexual he podido comprender la reacción del feminismo más institucionalizado ante la maternidad así como el imposible entendimiento entre una gestante y una obstetricia masculina. También he puesto nombre a la madeja de sentimientos encontrados,

malestares, sufrimiento acumulado en esta etapa de mi vida. Ahora sé en qué consiste un desorden simbólico. Pero a través del pensamiento de la diferencia sexual también he dado valor a la puesta en juego que supuso seguir mi deseo libre de ser madre y haberlo sido en el momento adecuado. Adecuado por hacerlo coincidir con el momento en que sentí el deseo libre de serlo.

Actualmente, el feminismo institucional nombra a la obra materna, a la primera relación no instrumental, "carga familiar" y la ciencia médica sigue en el orden simbólico del padre, teorizando sobre la creación de vida humana sin tener en cuenta a las madres y tratando de apropiarse de su obra. Sin embargo, siendo este el contexto, cada vez hay más mujeres que se guían por el deseo de ser madres fuera del patriarcado y fuera del feminismo como reacción al patriarcado. Desean ser madres desde el deseo femenino libre, y lo consiguen.

Este trabajo tiene como origen mis propios intentos de vivir una maternidad libre y el ejemplo de amigas del alma que lo logran.

Introducción

Este pequeño trabajo pretende ser un análisis de la vivencia de muchas mujeres, de la maternidad al final del patriarcado. El inicio de nuestra vida también es el inicio de nuestra capacidad creadora, entre otras cosas, de relaciones no instrumentalizadas. Relaciones que se generan por el simple gusto de estar en relación.

El patriarcado ha tratado de apoderarse de la capacidad femenina de crear vida, de crear relaciones mediadas por el amor, de crear civilización.

Cuando las relaciones humanas se instrumentalizan, se tratan de comercializar o de sacar al plano de lo social, el amor deja de ser la mediación. En el plano de lo social el poder pasará a formar parte de las relaciones, estableciéndose una jerarquía de poder que transforma las relaciones humanas en relaciones sociales. La medicina, la ciencia, la obstetricia, tratan de llevar el embarazo y el parto-nacimiento al plano social, donde la ciencia y la medicina ostentan el poder y atribuirse así el acto de creación de vida humana.

El patriarcado, a través de sus instituciones, ha intentado volver el cuerpo de las mujeres contra las propias mujeres, institucionalizando la maternidad y reglando su vivencia conforme a sus intereses. La reacción de parte del feminismo ante esta situación ha sido la negación y el rechazo del cuerpo femenino y de la maternidad. Esta reacción ha sido la del rechazo a la diferencia sexual. Esta reacción es fuente de dolor, ya que no surge del deseo de libertad femenina y por lo tanto, no la alcanza. Surge del dolor que produce el identificarse como oprimidas y es esta identidad la que justifica sus actos. Desde la identidad de oprimidas no se alcanza felicidad ni libertad femenina, porque el descubrimiento de la posibilidad de vivir libres es incompatible con el mantenimiento de dicha identidad.

Las líneas que siguen a continuación quieren guiarnos hacia mujeres que están viviendo cotidianamente maternidades libres. Libres porque no surgen de la maternidad institucionalizada por el patriarcado ni como respuesta a la misma. Surgen del deseo de las mujeres y desde ahí, abren caminos más allá.

El origen

La relación que se establece entre la madre y su criatura, su obra, es una relación humana, es la relación humana primera. Relación que se establece entre dos seres entre los cuales no existe jerarquía sino disparidad y por lo tanto, el poder no es un elemento presente en su relación.

Cada ser humano, por el hecho de haber sido hija o hijo, ha tenido experiencia real de la capacidad humana de relacionarnos desde el amor, la relación como un fin en sí misma y no como un medio, pues la relación primera que mantuvimos con otro ser humano, con una mujer, con nuestra madre, se estableció en estos términos. De este modo, tenemos también experiencia de la posibilidad que se nos ofrece de entablar relaciones no instrumentales, sino establecidas y mantenidas por el mero placer que nos aporta entrar en relación. Esta enseñanza es un don que nos da la madre y que somos capaces de ver y reconocer cuando restituimos la autoridad a la autora de nuestra vida, haciéndose posible el orden simbólico de la madre en nuestra propia existencia.

La relación primera, la de la madre con su obra, es por lo dicho anteriormente, el fundamento de la civilización ya que la convivencia inicial con nuestra madre, es tiempo compartido, es necesidad, amor, gratitud y autoridad circulando entre ambos cuerpos y por ello, inicio de las relaciones civilizadas y civilizadoras que posibilitan la convivencia humana. Uno de tantos dones que nos ofrece la madre es éste, el don de crear desde el amor, el don de iniciar, el don civilizador. Las madres además de crear vida crean relaciones pues la criatura humana aprende a relacionarse con otras personas en relaciones creativas, civilizadoras, relaciones mediadas por el amor y no instrumentalizadas, desde las cuales se construye civilización.

Las relaciones humanas, aquellas que se crean desde el deseo de disfrutar sin más del estar en relación, son protagonizadas en su mayoría por mujeres. La capacidad de las mujeres para ser dos, hace posible que cuando surge el deseo femenino libre, éste nos conduzca a iniciar este tipo de relaciones. Pues la capacidad de ser dos implica la posibilidad de vivir la experiencia que pone en juego una relación con otra u otro que es distinto de mí, en términos diferentes a la oposición o a la asimilación. Hace posible la aceptación necesaria para convivir pacíficamente, que es la aceptación de que es posible establecer relaciones más allá de la dialéctica, más allá de la polaridad o de los contrarios-opuestos sin que ello implique intención de asimilación ninguna. La primera relación que disfrutamos se estableció en estos términos y fue con una mujer, con nuestra madre. Reconocer que esto es así es el primer paso para iniciar un camino de esperanza, pues sabemos de la posibilidad y de la capacidad que nos ha sido ofrecida por nuestra madre como un don, de crear relaciones civilizadoras más allá de la violencia que genera la confrontación de la dialéctica o los intentos asimiladores. Es reconocer el orden simbólico de la madre como inicio.

Gracias a esta relación primera adquirimos también el don de la palabra y del lenguaje. El don, por tanto, de nombrar la realidad y nombrándola, hacerla existir. La madre, a través de la palabra y desde el amor, presenta el mundo a su criatura y ésta acepta la coincidencia entre las palabras y las cosas gracias a la autoridad que circula en esta primera relación. Por lo tanto, además de ser capaces de crear relaciones civilizadoras, también tenemos experiencia de "decir verdad", en el sentido de poder hacer coincidir las palabras con la realidad que deseamos nombrar. Este saber nos lo proporciona la lengua materna y es la vía para hacer orden simbólico.

La primera relación es con la madre y con ella y a través de ella nos relacionamos con el mundo, adquiriendo conciencia de que formamos parte de él de su mano y a través de la palabra, recreamos el mundo junto a ella. Al inicio, a lo largo de la gestación y en el momento del nacimiento, la relación con la madre y su criatura es exclusiva, siendo posible que el resto del mundo tenga conocimiento de lo que está aconteciendo en y a través de su cuerpo si es ella la que libremente desea compartir su experiencia.

Una vez nacida la criatura, además y junto con la madre real, otras mujeres forman parte del mundo que rodea a la niña o niño al inicio de la vida. El círculo humano que gira en torno a la criatura lo dibujan habitualmente mujeres, y lo dibujan a su gusto, a su manera. Mujeres presentes y también ausentes que vuelven a hacerse presentes a través de los saberes femeninos que se ponen en juego.

Entre la criatura y las mujeres que comparten tiempo y espacio o que se hacen presentes a través de saberes femeninos heredados, se establece un diálogo mediante el cual la realidad adquiere forma y color, el mundo se vuelve a crear una y otra vez en cada inicio. En este sentido podemos decir que el inicio del mundo, la creación para cada ser se produce en el simbólico femenino. Son las mujeres quienes nombran la realidad junto a la criatura y en este acto creativo, crean vida y simbólico a través de una relación humana. Relación humana, entre otras cosas, por ser dispar y no jerárquica y por estar mediada por el amor.

El acto de creación del mundo que obra cada ser humano cuando nombra la realidad, no es un acto de creación individualista ya que cada niña, cada niño descubrirá y nombrará el mundo en relación con su madre. En cada creación posterior se reconoce este primer acto creativo, pues con él se funda la capacidad creativa del

ser humano, una capacidad entrelazada en las relaciones que nos nutren. Somos capaces de crear relaciones humanas y son las relaciones humanas las que nos permiten desarrollar nuestra capacidad creativa.

Después de la primera infancia y coincidiendo con la escolarización, la madre dejará de ser la única fuente de alimento físico y emocional, las relaciones se diversifican y cambian los contenidos de las mismas, y sin embargo, la huella de la relación con la madre y los dones otorgados acompañarán a las criaturas esperando a que deseen hacer uso de los mismos.

Esta primera etapa, sabida es fundamental para el ser y sin embargo, nos es a veces lejana, borrosa, extraña. Una aparente incapacidad para reconocer la grandeza de los dones que nos fueron otorgados, marca la sensación de extrañeza con la que, en ocasiones, nos enfrentamos al tratar de volverla a hacer nuestra, de apropiarnos de la experiencia de nuestra relación primera, de servirnos de ella en el presente. Las causas de esta sensación de extrañeza ante nuestro origen son diversas pero yo he sentido la necesidad de poner luz sobre una de ellas, sobre el precio que hemos de pagar para entrar en la cultura social y la ilusoria independencia simbólica. Creernos ser el origen de proyectos, teorías o discursos, desvinculados de nuestro propio origen nos deja perdidos en el vacío.

Luce Irigaray sitúa el origen de nuestra cultura en un matricidio. El matricidio consistiría en la usurpación de la autoridad del acto creativo de dar la vida por parte de las instituciones que ostentan el poder en nuestra cultura, como son la filosofía, la ciencia o la religión que rivalizando con la madre tratan de hacer de las creaciones culturales, científicas, filosóficas o religiosas, metáforas del nacimiento ocultando el nacimiento real y haciendo la operación

de tratar el nacimiento real como copia de cualquier creación intelectual considerada original y sin vinculación con ningún origen anterior. Con la consiguiente división artificiosa de la realidad en naturaleza y cultura y estableciendo la jerarquía que acompaña a la lógica dual, se condena el "llamado reino de la generación" a la sospecha del engaño y del peligro, de lo impuro, de lo corruptible y efímero. Esta concepción dual de la realidad nos separa de la matriz de nuestra vida, requisito necesario para introducirnos en el orden social y mantener la ilusión de la independencia. Aún así, de esta primera etapa llevaremos una huella que nos acompañará siempre y entre otros dones, portaremos la palabra, la lengua materna. Pues la matriz de nuestra vida también es la matriz de la palabra, del dotar de nombre a la realidad y al nombrarla, llenarla de existencia.

Resulta sorprendente que en la producción del bagaje cultural e intelectual la madre no sea nombrada ni nombre, cuando la energía necesaria para poder tomar la palabra, para poder iniciar, está en la confianza que da el saberse amada o amado, el haber sido introducida en el mundo de la mano de la madre y habiendo conocido la existencia del refugio que para el ser, es la relación no instrumental. En la relación madre-hija o madre-hijo está el origen de cualquier otro inicio. Es la fuente de la que emana la confianza en la capacidad creadora, que es ocultada tras el argumentario del intelecto.

Puede ser que en la producción de la cultura social, no esté el sitio de la madre. La madre prefiere expresarse allá donde las palabras coinciden con las cosas y la experiencia vivida es origen de lo decible. El orden simbólico de la madre no se opone, pero está más allá de la división artificial de la realidad que separa cuerpo y alma, de los discursos contruidos desde un yo abstracto que se aleja del cuerpo y alejándose del cuerpo se aleja del origen del cuerpo,

momento en el que el ser, sin sufrir aún fragmentaciones, era capaz de hacer coincidir las palabras con las cosas.

La maternidad al final del patriarcado.

Las mujeres y la capacidad de dar vida propia de su sexo, han sido objeto de intento de control por parte de algunos hombres que han intentado que el potencial femenino de dar vida esté bajo su dominio. Las mujeres sabemos que esta es una forma de querer encarcelarnos en nuestros propios cuerpos, pero también sabemos que es nuestro cuerpo el que nos abre la posibilidad de ser libres.

El intento de control de la maternidad en el patriarcado ha provocado en algunas mujeres la reacción en forma de rencor hacia su propio cuerpo y su naturaleza, pues en el orden simbólico del padre, se trata de hacer de el cuerpo de las mujeres y la capacidad de crear vida, nuestra cárcel particular. Por este motivo, algunas han decidido vivir de espaldas a su cuerpo, un cuerpo que señala la posibilidad de ser dos, no la obligación pero sí la capacidad.

La negación de la importancia del cuerpo en el modo de relacionarnos y posicionarnos en el mundo como mujeres implica el intento de relacionarnos con el mundo desde el plano racional, intelectual, para de este modo, seguir albergando la esperanza de poder entrar en el esquema del orden social neutro. La aparente neutralidad del orden social que no acepta la diferencia sexual, que percibe a las mujeres y a los hombres como seres con un no-cuerpo, o en todo caso, cuerpo humano si en algún caso acepta al cuerpo como mediación. Ahora sabemos que no se puede iniciar, ni puede haber origen sin tener en cuenta al cuerpo y que todos los discursos racionales, aparentemente neutros son, en realidad masculinos, pues han sido creados desde un cuerpo de varón.

Las mujeres que han basado su emancipación en la reacción a la institucionalización de la maternidad, negando el signo del cuerpo femenino, distan de dar muestras de libertad femenina porque su intento de emancipación surge de la confrontación, de la dialéctica, de la acción-reacción. Sin embargo, hay un deseo femenino libre que circula entre nosotras y cada vez con mayor fluidez porque está encontrando eco en muchas mujeres, cada vez más mujeres, que quieren vivir su cuerpo y su maternidad desde la libertad y que además confían en que pueden hacerlo. Se pone en marcha, por tanto, un deseo que nace de la necesidad y que se aleja de la imaginación en tanto que se reconoce la capacidad real de llevarlo a cabo. Deseo femenino libre que guía la acción, que hace al cuerpo ligero y nos abre camino.

La necesidad atendida por algunas mujeres, es la necesidad de diálogo con el propio cuerpo en un camino hacia nuestro centro que tiene el deseo de volver a encontrar la unidad violentada por los dualismos que fragmentan al ser. Cuando este camino se inicia en el proceso de un embarazo, la necesidad nos orienta al retorno a un centro anterior, a un centro aún más original, a la relación con nuestras madres cuando éramos nosotras las que disfrutábamos y creábamos junto a ella la relación primigenia. Entonces, reconocemos y nos sentimos parte de la genealogía femenina que nos une a mujeres anteriores y futuras. La necesidad de vivir esta experiencia del ser en paz, libremente, guía a muchas mujeres que toman decisiones desde la libertad femenina con respecto a la manera en que desean vivir la maternidad.

Nos encontramos al final del patriarcado, podemos reconocerlo y no darle espacio es nuestro ser, en nuestros deseos, por eso estamos al final, porque lo identificamos y porque no le hacemos eco en nuestra voz que prefiere nombrar realidades bellas, que nos

nutren, que hacen crecer nuestra libertad y que tienen también presencia real en nuestra vida. En la experiencia de las mujeres, el patriarcado no lo llena todo, no ocupa nuestro tiempo entero, ni los espacios, ni los deseos, aunque su ilusión de omnipotencia le haga creer que puede lograr ocuparnos enteras. El patriarcado necesita de nuestra credibilidad para existir y ya no la tiene, o al menos no la tiene a cada momento. El momento del embarazo y del parto es uno de tantos momentos que no ocupa por completo y es importante que sea así porque es la capacidad creativa de las mujeres la obsesión del patriarcado.

Es la creación femenina de vida humana, es la creación de relaciones civilizadoras y es la creación del mundo en tanto que palabra que dota de existencia a lo nombrado, lo que obsesiona y aterrera al patriarcado. Es por este motivo por el que se institucionaliza la maternidad, para que los hombres inquietos y aterrados ante la diferencia sexual creen que controlan esta diferencia, que la creación de vida está bajo su poder.

Pero como venimos diciendo, el patriarcado no ocupa la realidad entera y por lo tanto, no tiene capacidad de ocupar la totalidad de la mente femenina, ni de mediar en todas las experiencias que atraviesan el cuerpo de las mujeres. Así que el saber femenino acerca de la maternidad y de la experiencia de transformación profunda que es el parto, no ha sido expropiado completamente, ha ido circulando en un saber entre mujeres, en la intuición femenina de que las cosas pueden ser de otro modo. Este saber femenino se expresa en las, cada vez más, mujeres que vislumbran la luz que ilumina el sendero del andar libre la vida de una.

Además de vida, las mujeres crean relaciones civilizadoras y están creando relaciones, tejiendo una enredadera de mujeres que se apoyan en el acto creativo de dar vida y desean hacerlo libremente. Las mujeres sabemos las necesidades que guían nuestros deseos y sabemos dónde y cómo las podemos dar alas. La vida moderna ha producido un gran aislamiento y las mujeres han ido perdiendo redes sociales femeninas que tradicionalmente la acompañaban y alentaban dándole calor y confianza en la etapa de la gestación y en el momento del parto. Pero guiándonos por nuestra necesidad del estar entre-mujeres en los momentos en los que solo una mujer puede ser una mediación válida entre nosotras y el mundo, se están creando redes, grupos de crianza donde encontrar un espacio para poder poner palabras a su experiencia y donde compartir saberes femeninos en un entorno amoroso donde circula libertad femenina. Libertad que se siente en la decisión de cada una de las mujeres que componen estos grupos de estar donde desean estar, no donde deben de estar.

Muchas mujeres miran y ven la realidad con una mirada diferente, una mirada libre, fiel a su deseo, no enturbiada por elementos ajenos al propio sentir. Esta mirada ilumina zonas antes oscuras y gracias a la cual ahora pueden discernir entre la experiencia libre de la maternidad y la maternidad institucionalizada, y ellas desean y pueden vivir una maternidad libre. La institución, ajena siempre al deseo femenino libre, marca las pautas, las condiciones y las opciones posibles bajo las cuales una mujer puede y/o debe ser madre, pero cuando una mujer pone en juego su deseo de vivir la experiencia de la maternidad libremente, es ella quien da contorno, forma y color a su vivencia. Y no lo hace solamente eligiendo entre las opciones presentadas, sino que también hará reales las opciones sobre las que desea poder elegir.

El cuerpo de las mujeres, con nuestra capacidad para gestar y dar a luz, ha sido el centro de las intervenciones por parte de algunos varones, de las instituciones que han querido imitar, usurpar, apropiarse de esta capacidad, de esta presencia creadora femenina que llena el cosmos. En todas las culturas, mujeres y hombres han sido al inicio de su vida profundamente dependientes de una mujer. La capacidad creadora de las mujeres de vida y alimento han sido signos sagrados en la antigüedad. Sin embargo, el monoteísmo patriarcal hizo desaparecer a toda divinidad femenina para establecer el inicio de la vida en un dios padre e intentar volver contra las mujeres su propia naturaleza femenina haciendo de su cuerpo, la matriz de la vida humana, objetivo de la tecnología patriarcal a través de la ginecología y la obstetricia.

El simbolismo del nacimiento está presente en multitud de esferas de nuestra cultura. Ritos de paso a partir de los cuales se entra a formar parte de la comunidad, como el bautismo por ejemplo, tienen la función de ocultar el nacimiento real como verdadera puerta de entrada a la comunidad, usurpando de este modo el papel de la madre como posibilitadora de esta entrada. También el simbolismo del nacimiento está presente en la producción de obras artísticas, filosóficas o científicas. Es importante tener en cuenta que en estas metáforas del nacimiento se produce una ocultación del nacimiento real ya que se atribuyen características de la creación de la obra materna a la obra intelectual o de otro tipo, y esto unido a la jerarquización entre naturaleza y cultura, tiene como consecuencia la valoración de las producciones culturales, religiosas o filosóficas como genuinas por incorruptibles e imperecederas mientras que el acto del nacimiento sería una mera copia de las primeras resultando además imperfecta, corruptible y perecedera. El cuerpo es imperfecto y las madres, las mujeres, autoras de cuerpos, despreciadas en comparación con la autoría de obras fruto de la razón.

Sin embargo, junto con este desprecio y minusvalorización de la maternidad, hay también un interés de apropiación del acto del nacimiento humano por parte de la ciencia y de la obstetricia. Sucede como si el velo del desprecio quisiese ocultar algo verdadero, el núcleo de lo realmente importante, conocido y enterrado por estos varones en lo más hondo, que en tanto hijos saben de la capacidad femenina de dar vida y de crear relaciones civilizadoras, saben de la diferencia sexual. Esta diferencia y esta capacidad que se niega con la jerarquización y el dualismo al que someten a la realidad, es desfigurada, malinterpretada y por último, usurpada por las instancias de poder social. La frustración no resuelta de los varones patriarcales está en la capacidad para crear vida de las mujeres y el control de la maternidad es un intento de asegurar dicha capacidad en los varones, que al eliminar posibles dudas acerca de la paternidad de las hijas e hijos, mantienen la ilusión de tener capacidad engendradora.

El poder que se esfuerzan por expresar algunos varones en el intento de dominio de las mujeres surge de la necesidad de canalizar el resentimiento que les produce ser conscientes, por momentos, de la inmensa capacidad creativa de las mujeres, del origen femenino de la vida. La misoginia que tiñe el universo de lo social, la concepción falocéntrica de los procesos creativos y la desvalorización de la maternidad son el fruto de la resistencia a aceptar la diferencia sexual.

Algunos varones han tratado de quebrar este don femenino, de controlarlo, de tenerlo bajo su dominio para beneficiarse del mismo porque no aceptan el misterio. La actitud de aceptación no trata de explicar o de reducir para poder entender el misterio de la diferencia sexual y la capacidad femenina de crear vida. Al no partir de la

aceptación sino del tratar de explicar una experiencia del ser que no se puede reducir a meras secuencias de procesos físico-químicos, se sienten abrumados, superados por el misterio y por miedo a ser engullidos por él, han urdido la quimera de que pueden controlarlo y hacerlo servir a sus intereses. Pero es solo una quimera, y lo es más aún desde el momento en que nosotras sabemos que lo es.

Traer vida entre mujeres

A lo largo de la historia las mujeres se han acompañado mutuamente en los procesos femeninos que comparten, creando redes de mujeres de vital importancia para ellas. Espacios entre-mujeres donde se expresa libertad femenina y donde el apoyo mutuo posibilita la realización del deseo libre de cada una. Una de las experiencias vitales compartidas tradicionalmente entre mujeres es el embarazo y el parto. Esta manera de hacer, la elección de dar autoridad a mujeres en procesos vitales para nosotras es política y repercute significativamente en las vidas de las mujeres que así lo eligen. El embarazo y el parto, son los momentos donde la diferencia sexual se muestra con toda su grandeza, aunque en ocasiones se desdibuje y lleve a confusión cuando se oyen expresiones del tipo "estamos embarazados".

Cuando el embarazo y el parto son objetivados por la ciencia, por la medicina, por las instituciones que ostentan el poder y la visión resultante del mismo es devuelta a la mujer que está vivenciando esta experiencia, el desorden simbólico es absoluto. Porque ella sabe que su estado es un estado de cambios profundos en el ser, no es un conjunto de sucesiones de procesos físico-químicos que los doctos en la materia conocen y la desvelan cuando acude a una consulta médica. Porque la capacidad femenina que ella encarna no es medible, ni cuantificable ni tampoco generalizable al resto de las

mujeres que atraviesan ese paraje. Y sobre todo, porque el discurso que la llega como discurso experto sobre su gestación, es un discurso construido por una mente y un cuerpo, cuando es masculino, que no habrá de pasar jamás por la experiencia de la maternidad.

El discurso oficial acerca del embarazo y del parto no es neutro, es masculino, porque se ha producido en un cuerpo masculino que no conoce el significado de vivir en un cuerpo que tiene la capacidad de albergar y dar vida a un ser. La ciencia obstétrica es una ciencia que surge de la exclusión de las mujeres del arte de la matronería. Que niega el saber femenino acerca de los cuerpos y procesos femeninos y que coloca el protagonismo del embarazo y del parto en el médico que lo atiende en lugar de en la madre creadora de vida y en la criatura nacida. La sensación de incompreensión, de extrañeza, de abismo en la relación entre una mujer embarazada con un obstetra erudito o con el discurso científico-masculino acerca de la maternidad que lee en los libros, pone de manifiesto la existencia de la diferencia sexual.

Históricamente y hasta el siglo XVIII, las mujeres tenían la competencia de acompañar y atender a sus semejantas en el parto. Este es un hecho del todo natural, porque lo obvio, el sentido común apunta a que los conocimientos de una mujer sobre los cuerpos de las mujeres o sobre el embarazo y el parto, son mayores que los de un varón. Hasta ese momento, la escena del parto era una escena femenina. El parto transcurría entre mujeres que se autorizaban mutuamente, que acumulaban y compartían saberes en esa materia. Sin embargo, la partería era considerada denigrante, sucia y poco digna por las instituciones poderosas debido a la misoginia imperante. Pero lo que nos interesa es poner en palabras que sin embargo, para las mujeres que eran atendidas en este trance por una partera, el oficio de la partería y la matrona que permanecía junto a

ella desde el inicio del parto hasta el alumbramiento, estaba lleno de dignidad y esperanza.

El médico solo acudía a atender el parto si éste se complicaba gravemente ya que a la matrona no le estaba permitido intervenir en estas situaciones, no por falta de conocimientos sino por cuestiones de poder. Ella poseía el conocimiento necesario pero no el poder del médico para intervenir ante situaciones consideradas graves. A las matronas no le estaba permitido y sin embargo, es probable que el conocimiento que poseyera el médico fuese femenino, pues los varones debían tener nociones muy limitadas sobre la anatomía femenina, embarazos y partos ya que en la inmensa mayoría de los partos que eran considerados normales, el médico no estaba presente.

Poco a poco los médicos comenzaron a sustituir a las parteras iniciando así el camino de la obstetricia que solo pudo surgir del desplazamiento de las matronas y del no reconocimiento a su saberes. Se puede decir que la matronería fue un oficio arrancado de las manos de las mujeres que hasta entonces habían tenido un lugar natural junto a sus semejantas en momentos trascendentes como el parto, donde las mujeres experimentan cambios físicos y psíquicos a nivel profundo.

Las parteras, las matronas, que habían ayudado a traer al mundo a la humanidad fueron poco a poco perdiendo un papel relevante en los partos, según fue aumentando el protagonismo de la ciencia obstétrica. Las mujeres que portaban todo el saber acerca de esta etapa no fueron reconocidas por una ciencia que en buena parte usurpó los conocimientos que ellas acumulaban y que fueron tachados de superchería y ahora revestidos de ciencia. Poco a poco, este espacio de autoridad femenina fue perdiendo a las actrices

principales. En primer lugar a la madre, que pasó a ser objetivada como el terreno donde el obstetra debía de intervenir, usurpándola el acto de hacer nacer, y atribuyéndose para él, el nuevo nacimiento. El instinto de la madre acerca de lo que debe de hacer en el momento del parto, así como sus recursos físicos y psíquicos fueron ninguneados. Y en segundo lugar a la comadrona, matrona o partera que desplazándola de la escena se desplaza el saber femenino sobre el nacimiento. Desde este momento, el embarazo y el parto serán competencia de la medicina que hará percibir al proceso de dar vida como patológico, como si de un trastorno se tratase, pues el médico dedicado a tratar patologías pondrá la mirada de la enfermedad sobre el proceso de gestación y nacimiento.

La misoginia junto con la visión patológica de lo maravilloso y el rechazo a la diferencia sexual han hecho que la atención médico-hospitalaria del embarazo y del parto provoque en las mujeres un gran desorden simbólico que se expresa en la melancolía, la angustia y la llamada depresión postparto, normalmente interpretada como cambios hormonales si se enfoca desde el prisma científico o aludiendo al rol de género si se enfoca desde lo social. Sin embargo, a la luz de la diferencia sexual se vislumbran otras cuestiones.

La obstetricia moderna ha pasado de un "estar al lado de la madre" paciente, permitiendo a la mujer actuar naturalmente, a un actuar sobre la madre, a una práctica dominante e invasora del cuerpo femenino. El trabajo fundamental de acompañamiento en el parto, debería ser el de estar junto a la madre antes y después del alumbramiento. En la manipulación tecnológica del proceso natural por excelencia, se pone de manifiesto la reacción masculina frente a la capacidad femenina de crear vida. El intento de explicar y controlar el misterio son la muestra del deseo masculino de dominar el misterio, que simplificado queda reducido a lo burdo y mantiene la

ilusión masculina de la autoría de la creación del mundo. En la conversión de la gestación y el parto en actos tecnificados subsiste el intento de apropiación de la capacidad creativa femenina como núcleo del orden simbólico del padre. Así, a la investigación en técnicas de reproducción asistida, la clonación, se suman los protocolos de atención al embarazo y al parto, con su gran cantidad de pruebas diagnósticas, de análisis, de ecografías e infinidad de sucesivas citas médicas para finalmente atribuirse a la ciencia la capacidad de crear vida y poseer la explicación y el control de lo que en el vientre materno está aconteciendo.

Antiguamente, cuando solo la mujer tenía conocimiento de lo que su cuerpo estaba experimentando, era ella la que comunicaba al resto de la comunidad lo que consideraba apropiado y deseaba compartir acerca de su estado. Lo que allí acontecía era parte de su ser, era ella misma y a la vez, no lo era. Sensaciones, intuiciones y vivencias íntimas que forman parte del misterio, de lo no mensurable, de lo divino. La mujer se pone en juego ella misma en este proceso, para encarnar una verdadera experiencia del ser y esta experiencia era suya, para ella, para su propio crecimiento en el despliegue de la capacidad creativa, origen de la creatividad del nuevo ser y para maravilla de quien supiese ver en ese proceso la manifestación del misterio. Además, la genealogía femenina que une a las mujeres con su madre, con su abuela y así hacía atrás en una sucesión de lazos encarnados se expresa si cabe, más claramente, cuando en el vientre de "la que antes estuvo en el vientre", se gesta una nueva criatura, qué tal vez, si el misterio se expresa en femenino y fuese su deseo, podrá albergar a su vez en su vientre.

Actualmente se intenta trastornar el proceso y es la medicina la que posee el conocimiento sobre lo que está sucediendo en el cuerpo de la mujer gestante y lo comparte con ella. Al acudir a una revisión

médica o recoger el resultado de algunas de las tantas pruebas diagnósticas a las que se someterá a la mujer embarazada, será la ciencia obstétrica la que relate a la mujer el proceso que ella encarna.

Este relato es fragmentado, es simple, se reduce a un valor numérico de algún indicador con nombre impronunciable que en nada se asemeja a la experiencia trascendente que atraviesa su cuerpo. Por otro lado, no existe espacio en el seguimiento médico del embarazo, donde la mujer pueda poner en palabras la vivencia que sucede en y a través de su cuerpo. El resultado de la expropiación por parte de la ciencia de lo que acontece en el cuerpo de las mujeres es un desorden simbólico absoluto.

La gran mayoría de las imágenes de la maternidad nos llegan filtradas por una conciencia masculina. Tan pronto como una mujer sabe que lleva un ser en el vientre, la esfera de poder de las teorías, ideales, arquetipos y descripciones de su nueva existencia tratarán de monopolizar su experiencia de la maternidad. Es el intento de usurpación de la condición femenina.

La obstetricia actual va construyendo a lo largo de la gestación lo que se llama "la historia del embarazo" para cada una de las mujeres. Esta historia es la recopilación de informes médicos y resultados de pruebas diagnósticas realizadas a lo largo de los 9 meses de embarazo que se guardan en una carpeta que ha de llevar a cada momento la mujer gestante. El objeto de esta "historia de embarazo" es que cualquier médica o médico que la atienda pueda conocer su embarazo y su estado actual para atender las necesidades de la mujer que se desprenden de esta inmensa carpeta. Es decir, la historia del embarazo no la construye y la pone en palabras la mujer que encarna ese embarazo. La historia de su embarazo es construida por la ciencia y entregada a ella para conocimiento de lo que se

considera relevante de su proceso por la medicina. Ante esta situación, las mujeres experimentan un desajuste enorme porque en ese momento se pone sobre la mesa la consecuencia de no hacer coincidir las palabras con las cosas de un modo salvaje. El relato científico de lo que está atravesando su ser no coincide en absoluto con la realidad que vive y que la transforma día a día. El relato simplificado por la ciencia del misterio deforma la maravilla que asomaría ante los ojos de quien sepa verlo y acepte la visión.

A las mujeres, esta situación nos produce malestar y sufrimiento, aunque no sepamos en algunos casos poner en palabras la razón. Las expectativas depositadas en el embarazo y en el parto como una etapa de profundo reconocimiento de nosotras mismas, de nuestro cuerpo, de nuestros recursos físicos y emocionales, de la capacidad de ser dos, de lo trascendente, del misterio, es atropellado por la medicalización del proceso que nos ata de pies y manos para ver como la creación de una vida pasa por delante de nuestros ojos, fuera de nuestro cuerpo, en informes médicos, gráficas y números, como si fuésemos espectadoras de nuestro propio embarazo.

Sucede también que cada vez más mujeres siguen de manera natural el curso de un deseo femenino libre, de adentrarse en esta etapa guiándose por lo que les hace sentir bien, rodeándose de quienes la aportan paz y en entornos donde pueden poner palabras a su vivencia y compartir sus sentires con mujeres que están pasando por el mismo proceso. Esta actitud de situarse en el mundo desde el cuerpo de mujer que toma la decisión consciente de crear vida, colocándose en el centro de la vivencia y tomando la palabra sobre el camino que recorre, decidiendo cómo y con quién atravesarlo, es una muestra de libertad femenina. A las diversas formas que está adquiriendo este "seguir mi deseo libre" de muchas mujeres, voy a dedicar la tercera parte de este trabajo.

Cuando las mujeres desean que suceda a su manera

Las mujeres que van a ser madres, tienen necesidades que no son cubiertas por el sistema de salud que atiende simplemente la parte física del proceso. Hemos visto como en muchas ocasiones, se produce un desorden, un desajuste, una sensación de extrañeza entre la mujer embarazada y el discurso médico sobre el embarazo debido al no reconocimiento de la diferencia sexual y a la reacción masculina ante la capacidad que señala el cuerpo femenino de ser dos.

Por otro lado, las mujeres, sobre todo en las ciudades, se encuentran cada vez más aisladas. Tradicionalmente, los conocimientos sobre el embarazo, parto y puerperio, se transmitían de madres a hijas, o entre mujeres de la misma familia o del entorno cercano. Estos conocimientos, no se referían sólo a la fisiología si no a las necesidades emocionales que fuesen surgiendo en este proceso de cambios profundos tanto a nivel físico como psíquico. Sin embargo, el individualismo feroz, el capitalismo, la estructura del mercado laboral, el diseño de las ciudades, de las casas, entre otras cosas, han ido minando las relaciones humanas.

Las mujeres que antaño vivían la gestación y la maternidad entre mujeres, ahora lo hacen solas. En la sociedad actual, las redes de apoyo entre mujeres se han perdido en gran medida. En general, hoy en día las mujeres se enfrentan a la maternidad solas, sin las mediaciones necesarias. Esto genera fuentes de ansiedad importantes, pues no hay espacio para poder volcar lo que acontece o para acoger angustias que puedan ir surgiendo. El único espacio para volcar lo que remueva el embarazo es en muchas ocasiones, la consulta médica donde una diferencia sexual, en demasiadas

ocasiones no tolerada, carga de violencia soterrada la interacción entre ella y la persona considerada experta en la materia por la institución médica.

Hay en las mujeres un deseo de compartir este proceso con otras mujeres, pues la intuición de que pueden sentirse cercanas a nuestra experiencia porque son madres o no lo son pero podrían serlo, o sencillamente, porque tienen un cuerpo similar al mío y ganas de acompañar en el desarrollo, en la expresión de lo que reconocen, un misterio. A estas mujeres se las denomina "doulas" y su labor fundamental será dar soporte emocional a la madre, durante el embarazo, parto y puerperio. Las doulas acompañan a las mujeres que las dan autoridad y depositan en ellas su confianza, en el camino hacia la maternidad. La relación que se establece entre una mujer embarazada y una doula es una relación que nace de la confianza en el buen hacer de la doula. No es una relación que la mujer se vea de algún modo obligada o inducida a mantener según el protocolo actual de atención al embarazo y al parto sino que es una relación buscada, que surge de la necesidad de la mujer gestante, de entrar en relación con la doula. Circula entre ambas confianza plena y autoridad. Confianza la una en la otra, en que ambas están capacitadas para llevar entre manos el buen desarrollo del embarazo y del parto. Además, la doula confía plenamente en la capacidad natural de la mujer gestante, como autora que es de la vida que está creando. La profunda admiración que siente hacia la capacidad femenina de ser dos la lleva a acompañar a la mujer en su proceso, no a intervenir en su cuerpo, simplemente acompañar y con su compañía serena y tranquila, infundir en la mujer la calma fruto del saber que todo va conforme ha de ir y que la mujer que está dando a luz tiene un don maravilloso, que es poder crear vida y relaciones, en cuya capacidad la doula deposita toda la tranquilidad que trasmite.

Las doulas surgen, junto con otras redes de apoyo, para retomar espacios entre-mujeres donde establecer relaciones significativas femeninas en un momento vital de las mujeres donde se pone de manifiesto la necesidad de mediaciones válidas. Cuando una mujer entra en relación con una doula, esté expresando libertad femenina al ponerse en juego en primera persona y tomar decisiones conscientes sobre el proceso de creación de su obra. Esta es una decisión política. Confiar en la sabiduría de una mujer y establecer una relación de mediación con ella siempre es un acto político, si además este acto de libertad femenina acontece en el proceso de embarazo y de parto, que han sido históricamente el objetivo de control en el orden simbólico del padre, entonces las implicaciones políticas son indudables.

Las mujeres que deciden establecer una mediación con otra mujer a la que reconocen autoridad se guían por la necesidad de intimidad, afecto y seguridad necesarias para poder llevar el parto adelante, transformando los miedos que puedan surgir en atención hacia el propio cuerpo y en confianza en el proceso y en sus capacidades. La doula será la mediadora entre la mujer y aquello que está aconteciendo, ayudando a conectar a la mujer con la fuerza que posee, necesaria en el parto. En estas condiciones, las mujeres que se guían por su deseo libre elegirán las posturas que les sean más cómodas para su cuerpo, aquellas que el sentido común nos dice que serán las que faciliten el parto. Posturas habituales durante un parto son estar de pié, en cuclillas o sentada con las piernas abiertas.

Sin embargo, los protocolos actuales a los que son sometidas las mujeres de parto se realizan en dirección contraria a lo que el cuerpo de las mujeres señala. Desde el momento del ingreso, ella se verá obligada a estar tumbada, con lo que su dilatación y expulsivo se dificultan enormemente. De hecho cada vez más, se programan

los partos antes de tiempo, y/o induciendo y acelerando el proceso con oxitocina sintética, rompiendo la bolsa cuando no ha llegado el momento, etc. De modo que el comienzo y desarrollo de todo el trabajo transcurre de manera forzada y extremadamente dificultosa, convirtiendo en necesarias todo tipo de intervenciones que no sólo son innecesarias sino peligrosas. Esto solo es posible bajo el paraguas de un conocimiento llamado científico que ignora el cuerpo de las mujeres, el saber femenino acumulado y la diferencia sexual.

En el caso del parto, el dolor ha sido una etiqueta que se aplica indiscriminadamente a la complejidad de la experiencia física de las mujeres y así, una vez anestesiadas, inducidas a una pasividad absoluta, tal vez voluntaria para evitar el dolor del parto con el que nos atemorizan, perdemos el contacto con nuestras sensaciones corporales, pero también con nosotras mismas. A veces se intenta dividir el dolor en categorías de percepción sensorial, una respuesta a un estímulo cuantificable, y de experiencia psicológica. Resulta poco útil separar la sensación de la emoción, el cuerpo de la mente, si de lo que se trata es de comprender la experiencia femenina en su totalidad, y en particular, una de sus funciones, dar a luz, tan cargada de fuerza inconsciente y subjetiva, y tan dramática como sensación física.

Las mujeres se preguntan ahora que consecuencias psíquicas puede acarrearles, un estado de invalidez que las mantiene despiertas, pero las impide participar activamente en el trance. Esta "liberación del dolor" como fue la "liberación sexual", coloca a la mujer físicamente a disposición del hombre, en este caso a disposición de un médico que colabora en la visión de la ciencia como dadora de vida, restando posibilidades al cuerpo de las mujeres. El sufrimiento de las mujeres en el parto se convierte en destino

“natural”, universal y femenino que se traslada a todas las esferas de nuestra existencia.

Sin embargo, el parto se puede vivenciar como una forma de conocer nuestro cuerpo y nuestros recursos físicos y psíquicos más allá de la aceptación voluntaria del papel de víctimas, víctimas del dolor que se apodera de nuestro cuerpo, o de una ciencia patriarcal que nos anula en el milagro de la creación de la vida y nos roba nuestra obra. Las mujeres deseamos posicionarnos en la vivencia de la maternidad desde el lugar de dadoras de vida, de creadoras que despliegan cuando así lo deseamos, la capacidad de ser dos de nuestro sexo.

Las mujeres que optan por otra manera de vivir su embarazo y su parto, se están guiando por un deseo femenino libre, están tomando decisiones que las colocan en el centro de la escena, una escena que es además femenina. Esto pone de manifiesto que el saber femenino acerca del embarazo y del parto es un saber que en ningún momento desapareció ni dejó de transmitirse entre mujeres, y que ha llegado hasta la actualidad. Los canales de difusión de este conocimiento son diferentes a los canales que utiliza el poder, se han ido transmitiendo en relaciones establecidas entre mujeres, relaciones de autoridad. El saber femenino y la vía de trasmisión, en ningún momento se perdieron y ha sido labor de las mujeres conseguir traer hasta el presente un saber que la medicina convencional no acogió. Pero la decisión femenina libre de dar autoridad a una mujer fuera del circuito médico-hospitalario también nos habla de la diferencia sexual. La intuición, el saber que una mujer va a “entender” lo que estoy sintiendo es una expresión de la diferencia sexual. Seguir la intuición acerca de cómo deseamos vivenciar el embarazo, el parto, la crianza hasta transformarla en decisión, compromiso, es también un posicionamiento desde la libertad femenina.

BIBLIOGRAFÍA

Beitia Hernández, Núria. "Dos para saber, dos para parir". Duoda. Estudios de la Diferencia Sexual. Núm 31-2006.

Muraro, Luisa. *"El orden simbólico de la madre"*. Cuadernos inacabados número 15. Editorial horas y Horas. 1991

Northrup, Christiane. *"Cuerpo de Mujer. Sabiduría de Mujer"*. Urano. 1994.

Rich, Adrienne. *"Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución"*. Editorial Feminismos Clásicos. 1976.

Rivera Garretas, María Milagros. *"El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer"*. Cuadernos inacabados número 24. Editorial horas y Horas. 1996.